

NAVIDAD BLANCA

Matías llegó de la juguetería con una caja. Contenía un disco de madera con un palo en el cual se enroscaban alambres cubiertos con felpilla verde.

De ahí colgó frágiles globos de vidrio y unos broches de latón con cabitos de vela. Todavía en esa época no había las lucecitas chinas para los arbolitos navideños.

El correo le trajo una postal del abuelo del otro lado del mar. En ella relucía un árbol plateado por hilos de nieve y copos blancos. Deseando tener lo mismo recurrió a un paquete de algodón que deshilachó y puso sobre las verdes ramitas. El día del festejo al promediar el almuerzo en el patio, bajo la parrá, encendió los cabitos de vela. Un viento inoportuno hizo rozar la llama con la mota de algodón que era material de rápida combustión.

Un zumbido, un esqueleto negro que quedó. Matías paralizado e impávido. Al otro día se levantó sin fuerza y y Sentado trataba de jugar con un balero sin éxito.

De repente una figura apareció abrazada a un macetón. Al depositarlo vio a su padre sonriente que le dijo: este cedro azul que cuidarás y amarás será tu nuevo árbol, para éste y otros años.

Matías con un gran suspiro reconoció que ante un inconveniente pasado había una solución presente y premió con un beso afectuoso a su querido progenitor.

Humberto Luis Ferreccio

